

Entrevista a Alfredo Apilánez sobre la Teoría Monetaria moderna, TMM

“La escuela busca convertirse en un programa de política económica para la izquierda reformista en oposición frontal al monetarismo neoliberal”

Salvador L. Arnal

Presentación (del propio autor): Soy economista de formación –aunque, a decir verdad, eso es más bien un desdoro-, profesor de ciencias sociales en un centro de estudios y escritor de artículos sobre historia, teoría económica y finanzas en el blog [Trampantojos](#) y Embelecoc. Allí trato de poner un granito de arena en la crítica del discurso del capital -encarnado en la teoría económica ortodoxa y en el paradigma político neoliberal- y en la defensa de la necesidad de construir nuevos sujetos y prácticas emancipatorias. Soy miembro asimismo de la Asociación [500×20](#), un humilde pero corajudo colectivo que lucha contra la violencia inmobiliaria, principalmente en el ámbito del alquiler, en el distrito de Nou Barris de Barcelona.

Permíteme unas preguntas previas sobre tu presentación antes de entrar en materia. Hablas en ella del discurso del capital. ¿A través de quiénes emite su discurso el capital? ¿Empresarios, políticos a su servicio, profesores bien remunerados?

Ya que te refieres a mi humilde currículum, déjame, en primer lugar, agradecerle efusivamente Salvador la oportunidad que me das de expresar mis opiniones sobre estas candentes cuestiones que normalmente no tienen cabida en los medios dominantes ni tampoco en muchos de los llamados alternativos. Yendo pues a tu pregunta, te diría que lo que llamo discurso del capital lo impregna, por desgracia, casi todo. Los que tu mencionas –yo añadiría, en lugar destacado y sin ánimo exhaustivo, a los jefes de la Internacional Capitalista en el FMI, la OMC y la OCDE- son sin duda sus principales “mamporreros”, si me permites la expresión, pero el núcleo duro reside sin duda en la teoría económica ortodoxa. Toda esa jerigonza acerca de la desregulación de los mercados, como garantía de la tendencia al equilibrio óptimo y al bienestar general; el culto a la competitividad, a la productividad y al crecimiento; la exaltación del interés privado y la animadversión hacia todo lo que huelga a políticas públicas que destilan los altavoces mencionados procede de la ortodoxia económica con mando en plaza en todas las tribunas académicas y mediáticas. Estamos ante una “ciencia” –como decía el gran economista, amigo de Gramsci, Piero Sraffa- aberrante, apologética, cuya construcción descansa sobre el objetivo falsario de ocultar el conflicto distributivo entre capital y trabajo. Por eso Marx se refería a los economistas de su época –y eso que no tuvo que sufrir la degeneración posterior, conocida como revolución marginalista, cuyo influjo hegemónico llega hasta nuestros días-, que trataban de manipular el legado de Ricardo

para limar sus aristas “subversivas” derivadas de la teoría del valor trabajo, como economistas ‘vulgares’, simples legitimadores de la explotación capitalista. Fíjate, ya para terminar, en una curiosa contraprueba de la condición manipuladora de la pseudociencia económica: en los manuales de economía –las famosas señoritas Doña Micro y Doña Macro-, con los que se intoxica a los sufridos estudiantes, el término capitalismo está proscrito. La forma de desarrollarse la reproducción del sistema económico, a través de la lucha por la distribución del excedente, el origen del valor y el grado de viabilidad de la acumulación del capital –las preocupaciones de los economistas clásicos, cuando la economía era aún política-, brillan por su ausencia en la etérea cosmovisión de la música celestial de la pseudociencia económica. Y los profesores, empresarios, políticos y demás vulgarizadores –en lugar destacado, los infames tertulianos pseudoexpertos que bombardean diariamente con sus monsergas a la inerme ciudadanía- la propagan a los cuatro vientos, extendiendo la ignorancia y desorientación absolutas entre la inmensa mayoría de la población sobre las cuestiones que afectan directamente a sus condiciones de vida. Todo lo relacionado con el crucial papel del dinero en nuestra realidad social es un ejemplo paradigmático de esta ignorancia inducida y generalizada.

**Sigo por la misma senda. ¿Cómo caracterizas el panorama político neoliberal?
¿Cuáles son en tu opinión sus ejes esenciales?**

Arduas cuestiones me planteas. Por empezar por el final, si me permites, hay una [cita](#) de Alejandro Nadal, el economista mexicano, que refleja muy bien lo que en mi opinión es la esencia, casi nunca, por cierto, mencionada, del neoliberalismo: «El neoliberalismo es la respuesta a un gran fracaso de dimensiones históricas, a saber, la incapacidad del capital para mantener tasas de ganancia adecuadas». Este hecho histórico enmarca pues la llamada revolución conservadora, simbolizada por las políticas de Reagan y Thatcher en los años 80, como una derivada, una reacción superestructural –como se decía antes-, ante el fracaso del capitalismo –como, por cierto, pronosticó Marx- en mantener los niveles de acumulación y productividad, tras el boom de los treinta gloriosos, y el temido regreso –tras el terrible crack del 29- de su tendencia crónica al estancamiento secular. El endurecimiento de la política del capital que representa el neoliberalismo –frente a la “suavidad” redistributiva de las políticas keynesianas-, se desprende de este hecho capital. Lo que se deriva de esta tesis son dos cuestiones neurálgicas sobre la esfera de la política económica que normalmente pasan desapercibidas.

La primera de esas tesis

La primera sería que la hegemonía del capital financiero y la creciente inestabilidad que causa en el sistema en su conjunto no son consecuencia de la exuberancia irracional del delirio especulativo del casino de las finanzas globales, como sostiene un discurso muy presente en la izquierda reformista y en muchos movimientos sociales, sino la característica principal de la nueva matriz de rentabilidad del capitalismo tras el final de los ‘treinta gloriosos’. Una especie de respiración asistida para un organismo languideciente. Por tanto, ante un escenario deprimido, la respuesta apremiante del capital tuvo dos ejes fundamentales que caracterizan las políticas neoliberales:

sobreexplotación laboral –con la degradación de las precarizadas condiciones de trabajo y el agudo incremento de la desigualdad que presenciamos continuamente- y, he aquí la novedad, hipertrofia de la esfera financiera –ejemplificada en la proliferación de burbujas especulativas- para sostener la maltrecha tasa de ganancia y dopar mediante el crédito masivo la insuficiente demanda de la clase trabajadora. Esto exige liberalizar los flujos financieros y de capitales y destruir los restos de la soberanía nacional para explotar al máximo la extracción de rentas y la multiplicación *ad eternum* del capital ficticio en la nebulosa de las finanzas globales. He aquí pues el sustrato material de la hegemonía ideológico-política neoliberal: la progresiva destrucción del *welfare*, las privatizaciones y la liberalización de los mercados de capitales coinciden con una exuberancia de las finanzas y el crédito para sostener la tasa de ganancia y el poder de compra de las masas en un capitalismo tóxico que ya no puede cumplir con el sueño húmedo reformista de elevar el nivel general de vida hasta la clase media universal.

La segunda

El segundo rasgo del paradigma político de la fase neoliberal, que se deriva directamente de lo anterior, es lo que podríamos denominar como la lenta agonía –junto con la degradación completa del parlamentarismo, como síntoma del ‘vaciamiento’ de la democracia- del reformismo socialdemócrata en el capitalismo financiarizado.

Aquella famosa sentencia thatcheriana, el ‘no hay alternativa’, se ha vuelto premonitoria. El viejo sueño de Bernstein, Kautsky y los revisionistas de la Segunda Internacional de un capitalismo con rostro humano en el que la lucha parlamentaria y la mejora distributiva nos fueran acercando al ideal socialista a base de atemperar las aristas más acerbas de la acumulación de capital ha fenecido. La prueba es la pusilanimidad e impotencia de los nuevos reformismos, representados por los partidos del cambio de la nueva política, a la hora de contener el embate del capital a través de la implementación de programas de mínimas reformas, casi siempre, meramente cosméticas, que harían sin duda enrojecer incluso a los viejos socialdemócratas revisionistas. En el fondo, si me permites la veleidad psicologista, saben perfectamente que su función es únicamente guardar las apariencias del reformismo electoralista, pero mantienen la fachada en la farsa que encarnan por mor de conservar un mínimo residuo de juego democrático que sostenga la paz social. Hay muchos intereses en juego interesados en preservar su papel de meros comparsas en la farsa parlamentaria. La total amputación de las herramientas fiscales y monetarias –cuya recuperación es, dicho sea de paso, el objetivo fundamental, lleno de utopismo idealista, de los adeptos de la Teoría Monetaria Moderna- de los estados soberanos perpetrada por el ariete financiero del embate neoliberal es la expresión de este gran triunfo del capital desembridado y la certificación del fracaso histórico de la izquierda del capital.

Es en este marco de degradación de la política institucional característico de la fase neoliberal en el que surgen los monstruos. El ascenso de los llamados populismos o nuevos fascismos, consecuencia directa de la creciente ruptura de la paz social causada por la violación del pacto interclasista de posguerra, simbolizado por la crisis del sueño propietario de la clase media, representaría el reverso de la moneda de este fracaso de

los reguladores reformistas en su estéril –las palancas políticas que lo posibilitarían han desaparecido- obstinación en dotar de rostro humano a la bestia. En fin, sé que son respuestas deslavazadas pero creo que esto sería lo esencial del paradigma reaccionario que llamamos neoliberalismo: agudización de la agresión del capital y ruina del sueño reformista de un capitalismo redistributivo con rostro humano. En fin, mil disculpas por la lúgubre descripción basada, por desgracia, en el pesimismo de la inteligencia.

Nada de qué disculparte. Por cierto, para que no haya confusión entre nuestros lectores: cuando hablas de los nuevos reformismos, “representados por los partidos del cambio de la nueva política”, te estás refiriendo no ya al PSOE (o al PSC), que no es partido nuevo, o a Ciudadanos, Junts per Catalunya o ERC, sino a Unidas o Unidos Podemos, Más País, Catalunya en Comú, Compromís, Adelante Andalucía, Las mareas... ¿Me equivoco?

No Salvador, no te equivocas en absoluto. Me temo que tengo que insistir en lo mencionado más arriba. En mi opinión, a pesar de su fachada progresista y ciudadanista, estas nuevas formaciones –con pequeñas diferencias de matiz- no son más que un mero recambio de la ajada socialdemocracia pugnando por preservar su papel de comparsas en la farsa pseudodemocrática que presenciamos actualmente. Creo, por tanto, que su función principal es alejar la posibilidad de un cambio social real, alimentando la expectativa de lograr avances infinitesimales –o de contener el fascismo rampante, otra de sus coartadas favoritas- y, por desgracia, fácilmente reversibles, que preserven los restos del Estado del bienestar. Así pues, a pesar de la coartada, machaconamente reiterada, de su pretendida función de diques de contención contra el embate neoliberal mientras no haya movilización u organizaciones populares activas, en realidad, bien al contrario, no son más que un freno, por su deletéreo influjo pedagógico de ocultación de la imposibilidad de cambios sustanciales con las actuales reglas del juego, para el surgimiento de movimientos populares que nos acerquen a transformaciones de verdadero calado.

En fin, lamento ser tan crítico, pero creo que, como comprobamos día a día, las fuerzas llamadas ‘del cambio’ encarnan una función legitimadora del régimen vigente –por no hablar de su vertiginosa metamorfosis en maquinarias electorales con una verticalidad y un culto a la personalidad del ‘amado/a líder/esa’ verdaderamente pasmosos- , precisamente cuando este régimen ha dejado de cumplir ostensiblemente su función y sólo conserva su vacua carcasa. Por tanto, pedagógica y políticamente, son, insisto, una rémora para cualquier cambio real y representan sólo un recambio cosmético en el trampantojo del reformismo electoralista. Finalizo, si me permites la impudicia, con una cita del sociólogo Mario Domínguez, que incluí en un [texto](#) en el que traté de explicar mi posición sobre el reformismo electoralista que encarnan tales organizaciones y que suscribo a pies juntillas: “Apostaré por esto mismo, la política está en otro sitio, el que construimos a través de mecanismos colectivos y autogestionados, aquellos que crean otra cosa, otro pensamiento, otra práctica, organizada y perdurable, que controla sus propios tiempos y su débil proceso instituyente, suene o no ridículo a la contabilidad electoral; porque lo que en realidad ha movido la historia es la multiplicación del

conflicto social a pesar de sus techos tanto materiales como simbólicos, y no hay mayor conflicto que el que se dirime en los escenarios no previstos de la acción colectiva”.

Señalas la defensa de la necesidad de construir nuevos sujetos y prácticas emancipatorias. ¿Qué significa aquí “emancipatorias”?

Pues bien Salvador, vamos con el cada vez más heroico ‘optimismo de la voluntad’. Como te decía, en estas aguas procelosas de la descorazonadora realidad sociopolítica que vivimos y ante la enorme dificultad de construcción de ámbitos de resistencia y oposición a la creciente agresión del capital contra las clases populares preferiría ceder, si me permites, la palabra a otros que han expresado mucho mejor que yo los rasgos básicos que deberían tener actualmente lo que denominamos sujetos y prácticas político-sociales emancipatorias.

Te lo permito por supuesto

Me remito pues a la extraordinaria reflexión que creo compartirás realizada por el maestro Manuel Sacristán en el texto de una [conferencia](#) sobre el fenecido eurocomunismo –otra víctima de la ola neoliberal- que me parece inmejorable. Creo no andar demasiado errado si afirmara que, dado el panorama descrito anteriormente, que ha agudizado algunos de los rasgos que, premonitoriamente, Sacristán atisbaba en los inicios de la fase neoliberal, su diagnóstico actual sería aún más contundente:

Esa política tiene dos criterios: no engañarse y no desnaturalizarse. No engañarse con las cuentas de la lechera reformista ni con la fe izquierdista en la lotería histórica. No desnaturalizarse: no rebajar, no hacer programas deducidos de supuestas vías gradualistas al socialismo, sino atenerse a plataformas al hilo de la cotidiana lucha de clases y a tenor de la correlación de fuerzas de cada momento, pero sobre el fondo de un programa al que no vale la pena llamar máximo porque es el único: el comunismo .

En esos dos criterios estaría en mi opinión la esencia de cualquier actitud, parafraseando también a Sacristán, espero que me disculpes la continua usurpación, que pretenda ‘ir en serio’.

Por supuesto que te disculpo. ¿Cómo no iba a disculparte!

Y, en segundo lugar, decía, quisiera destacar la mención que hace en ese mismo texto a la necesidad de recuperar, en la más acendrada tradición libertaria, el desarrollo de actividades innovadoras en la vida cotidiana:

Atenerse a plataformas de lucha orientadas por el «principio ético-jurídico» comunista debe incluir el desarrollo de actividades innovadoras en la vida cotidiana, desde la imprescindible renovación de la relación cultura-naturaleza hasta la experimentación de relaciones y comunidades de convivencia.

Suscribo totalmente estas directrices que –si bien quedan muchas áreas por desbrozar- entroncan claramente con la milenaria tradición de la autogestión anarquista.

Te interrumpo un momento. Permíteme que dé la referencia del texto que has recordado: Manuel Sacristán, “A propósito del ‘eurocomunismo”.

En *Intervenciones políticas*, Icaria, Barcelona, 1985, pp. 196-207. Como has señalado, se trata de una intervención en el debate del “Curso sobre problemas actuales del marxismo”, dictado en la Escuela de Verano organizada por la institución “Rosa Sensat” en la UAB, julio de 1977. Disculpas por la interrupción. Continúa por favor

No, mil gracias a ti por la referencia precisa. Reitero la extraordinaria luminosidad – como casi siempre, en el caso de Sacristán- de tales reflexiones. Por último, si me permites, añadiría una [reflexión](#) del filósofo del grupo Krisis Anselm Jappe, que describe la necesidad de integrar las luchas cotidianas con la exigencia de ‘cambiar la propia vida’:

Podemos y debemos oponernos a cualquier deterioro de las condiciones de vida provocado por la lógica económica desencadenada, ya se trate de una mina o de un aeropuerto, de un centro comercial o de los pesticidas, de una ola de despidos o del cierre de un hospital. Sin embargo, al mismo tiempo es necesario cambiar la propia vida y romper con los valores oficiales asimilados, como el de trabajar tanto para consumir tanto.

Esta es pues para mí la clave del desarrollo de nuevas prácticas emancipatorias: combinar la resistencia, si se quiere, la reducción de daños ante el crecientemente intenso embate del capital, con el desarrollo de nuevas formas de vida y comunidades de convivencia que prefiguren, como dice el bello lema, ‘el embrión de otros mundos que están en éste’. Pienso que son muy sabias reflexiones y yo las suscribo.

Me sumo a lo que señalas y prosigo. ¿Hablar de violencia inmobiliaria no es apurar el concepto de violencia? ¿A qué te estás refiriendo?

Bueno Salvador, creo que convendremos en que la cruda realidad que vivimos de deterioro generalizado de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, en un contexto de choque contra los límites biofísicos del planeta bajo este capitalismo senil y desbocado –sólo hay que fijarse en los niveles desorbitados de desigualdad de riqueza y en el colapso climático y ecológico que presenciamos- habilita el uso del término violencia para caracterizar las agresiones del capital. Incluso el muy restrictivo diccionario de la Academia acepta la ampliación del concepto, más allá del aspecto puramente físico, en una de las acepciones de ‘violencia’: ‘Aquello que está fuera de su natural estado, situación o modo’.

Es en este marco degenerativo que antes esbozábamos en el que la violencia inmobiliaria ocupa un lugar destacado. Creo que pocos ejemplos podremos encontrar más evidentes de situaciones fuera de su ‘natural situación o modo’ que la agresión continua contra el maltrecho y pisoteado derecho popular a la vivienda digna. La conversión de la vivienda en un activo financiero especulativo, una de las bases neurálgicas, como decíamos antes, a través del crédito personal hipotecario, de la matriz de rentabilidad del capitalismo financiarizado en la fase neoliberal, ha tenido el efecto colateral de despojar a la mayor parte de las clases populares de la posibilidad de acceso a un techo digno y asequible. Los brutales efectos de la crisis en curso no han hecho

más que agudizar este atropello. Te daré solamente unos pocos datos ‘a sangre fría’ – emulando humildemente tus magníficos textos en los que recopilas abrumadoras colecciones de datos que reflejan la acerba realidad-, extraídos deslavazadamente, que en mi opinión servirían para justificar sobradamente el uso del concepto de ‘violencia inmobiliaria’:

“Número de desahucios de vivienda habitual desde 2008: más de 700.000”.

“Coste del rescate bancario a cargo del erario público y del sufrido contribuyente: más de medio billón de euros –sin contar la colosal ‘manguera de liquidez’ del BCE, que salvó a la banca en el momento álgido de la crisis de 2008-”

“El 43% de los barceloneses que viven de alquiler tienen que destinar más de un 40% de sus ingresos al pago de los gastos de vivienda. Es la llamada tasa de sobrecarga”. “Los menores de 30 deben pagar más del 90% de su sueldo para poder alquilar una vivienda solos y sólo el 19% se había emancipado a final de 2018, la cifra más baja desde 2002”.

“En España hay 3,5 millones de viviendas vacías, según el último censo de poblaciones y viviendas disponible, realizado en 2011. Esto supone unas 500.000 casas más que la última vez que se realizó el registro en el 2001”.

Tus “A sangre fría” son mejores, más concluyentes si cabe... y más claros

Mil gracias, pero quiero que conste mi enérgica protesta ante tu afirmación. Creo pues que convendremos Salvador en que, sólo con estas breves pinceladas, hay suficiente munición para calificar de auténtico desastre socioeconómico –además del drama humano soterrado- la situación del derecho a la vivienda en la ‘piel de toro’. Todo ello por no mencionar la violencia jurídica ejercida por un estado de “derecho” –cambiando sólo una letra, si me permites la humorada, quedaría quizás mejor: ‘estado de desecho’- que salvaguarda el sacrosanto derecho a la propiedad privada y a la expropiación financiera de las clases trabajadoras muy por encima del ignorado derecho a la vivienda, recogido vanamente en nuestra manoseada Carta Magna. Y por no hablar tampoco del abuso flagrante –y totalmente ignorado por sus víctimas- que supone –ya que hablamos de temas monetarios- el crédito hipotecario basado en el privilegio del mecanismo de creación de dinero del ‘puro aire’ por parte de la banca privada, que es la base de la generación de rentabilidad extra hacia la nebulosa del casino global en el capitalismo financiarizado.

Digamos pues, en conclusión, que el sector inmobiliario es el principal ámbito de ataque a las condiciones de vida de las clases populares a través de la extracción de rentas por parte del capitalismo parasitario que sufrimos. No por casualidad, este es uno de los rasgos centrales de las políticas neoliberales para sostener la maltrecha tasa de ganancia del capital a través de las ‘burbujas de activos’: aumentar la expropiación financiera de la población a través del endeudamiento, para compensar la devaluación salarial y la insuficiencia de demanda derivadas de los enormes niveles de desigualdad que provocan las políticas neoliberales del capital. Se trata pues de empujarnos a todos hasta las cejas en los días de vino y rosas –todos recordamos aquella falacia de que ‘las casas

nunca bajan de precio' y que alquilar era 'tirar el dinero'- y de traspasarnos el coste del derrumbe del castillo de naipes especulativo cuando vienen mal dadas.

Podría seguir preguntando y preguntando sobre estos temas pero no abuso más. Vayamos a lo que tenemos entre manos. Empecemos por el nombre si te parece: TMM, teoría monetaria moderna. ¿Qué es una teoría monetaria?

Aunque pueda resultar sorprendente, la respuesta a tu pregunta Salvador resulta mucho más ardua de lo que aparenta. Obviamente, una teoría monetaria debe abordar el estudio del papel que juega el dinero en una economía capitalista, lo que el economista Augusto Graziani denomina una economía monetaria de producción. Las preguntas claves a las que debería contestar cualquier teoría monetaria serían pues las siguientes: ¿qué es el dinero y cómo se crea y se canaliza a través de los flujos económicos de producción y consumo?, ¿qué instituciones tienen el privilegio de fabricarlo e inyectarlo en el circuito económico?, ¿cuáles son sus funciones en el capitalismo actual?, y, sobre todo, ¿qué efectos tiene el dinero sobre las variables llamadas reales de la economía como la producción y el nivel de empleo? Por tanto, más allá del -sumamente polémico- debate sobre el origen y la evolución histórica de las distintas formas y funciones del dinero, se trataría de describir el funcionamiento de la 'fábrica de dinero' y su relación con el conjunto de la actividad económica en el capitalismo realmente existente. Y aquí entramos en terreno pantanoso, si me permites la expresión.

¿Y por qué pantanoso?

Pues porque al ser la economía una disciplina profundamente ideológica y tendenciosa, dado su carácter legitimador del orden vigente, las distintas teorías sobre la naturaleza y las funciones del 'objeto por excelencia', como lo llamaba Marx, son absolutamente divergentes. Para ilustrar este antagonismo, podríamos dividir las de acuerdo con su enfoque acerca del papel de la fábrica de dinero en el funcionamiento del sistema económico y en su influencia en las variables reales como la producción y el empleo. Resulta imprescindible hacerlo para la correcta comprensión de las características más relevantes de la TMM y de su ubicación en la enmarañada historia del pensamiento económico sobre el hecho monetario.

Adelante con ello, adelante con esa división

Siguiendo este criterio podríamos hablar de dos grandes grupos de teorías monetarias: aquellas para las que el dinero 'importa' y aquellas para las que el dinero 'no importa' en la determinación de las variables reales como el nivel de actividad económica y el empleo. Es decir, el caballo de batalla es -aunque parezca sorprendente para un profano- si el dinero tiene o no influencia sobre la economía real. Trataré de explicarlo brevemente.

La ortodoxia dominante -neoclásica y monetarista- considera el dinero únicamente como un 'lubricante de los intercambios', algo insignificante, sin influencia en la determinación de las variables reales. La descripción de Marshall, uno de los patriarcas de la ortodoxia, ilustra que, si se produce en la cantidad justa, el dinero es neutral, un simple velo en la determinación de los equilibrios de precios y cantidades producidas en

los idílicos mercados perfectos de bienes y de factores productivos. Aunque resulte increíble, esta sigue siendo la teoría monetaria transmitida en las facultades de economía del mundo entero y -a través del dogma monetarista del gran “adald” de los derechos humanos que se llamó Milton Friedman- el pseudofundamento teórico del talón de hierro neoliberal de las políticas de austeridad.

Por el contrario, el lema ‘el dinero importa’ en el funcionamiento de la sala de máquinas del sistema y en la determinación de los niveles de producción y de empleo podría ser el mínimo común denominador de las posiciones heterodoxas keynesianas y marxistas –e incluso en algún ilustre representante del *mainstream* como Wicksell-. Es decir, según el llamado ‘bajo mundo’ de la economía, el dinero no sólo no es en absoluto un mero lubricante de los intercambios sino que, en palabras de Marx, es ‘el principio y el fin de todo proceso de valorización de capital’. Que una afirmación de este tenor, considerada una obviedad por cualquier lego en la materia, sea la marca de la heterodoxia en teoría económica, frente al axioma de la “neutralidad” postulado por el credo neoclásico, da una idea del nivel de enajenación alcanzado por la teoría dominante.

Lo parece, realmente lo parece por lo que señalas

Así pues, podríamos distinguir dos paradigmas monetarios que, a su vez, determinan la visión del sistema económico y de las políticas públicas: la ortodoxia del dinero-lubricante y las heterodoxias keynesiana y marxista, en las que el dinero es un elemento clave del proceso de acumulación de capital. Por ejemplo, la preferencia por la liquidez o atesoramiento, que implica retirar el dinero de la circulación, sería la clave del déficit de inversión y de consumo que provoca el desempleo involuntario en el modelo de Keynes y la piedra miliar de su ataque a la ley de Say y a la concepción de la neutralidad del dinero de las teorías clásica y neoclásica.

Te interrumpo un momento. ¿Qué es la Ley de Say? ¿Qué tipo de ley es esa Ley?

Bueno, en primer lugar decirte Salvador, que el uso del término ‘Ley’ –sin entrar en cuestiones de filosofía de la ciencia que obviamente exceden mis magros conocimientos- debería quedar en mi opinión restringido a las ciencias llamadas duras y excluido de las ciencias sociales. La economía, como decíamos antes, es una disciplina político-ideológica –así era conocida, como economía política, en la época de los economistas clásicos- y no científica, por mucho que los devotos de la ortodoxia de la música celestial profesen la religión matematizada de las teorías del equilibrio general y las pseudoleyes de la oferta y la demanda y demás paparruchas con las que lavan el cerebro de los estudiantes y del público en general. Por tanto, cualquier similitud con, por ejemplo, las leyes de la termodinámica o las leyes de Mendel, es pura fantasía construida por los que utilizan la ilegítima formalización lógico-matemática de hechos y conductas sociales, basadas en una supuesta racionalidad instrumental de ese engendro llamado Homo Oeconomicus, para ocultar su deformación de la realidad. Ni siquiera –y sé que con esto entro en un terreno sumamente polémico sobre el que han corrido ríos de tinta- en el caso de la corriente –el marxismo- que, en mi opinión, más se acerca a la descripción veraz del funcionamiento de una economía capitalista me parece legítimo que sus llamadas leyes puedan alcanzar ese estatus: la ley del valor o la de descenso de

la tasa de ganancia serían a lo sumo teorías descriptivas, sin duda veraces, pero no formalizables al estilo de las leyes lógico-matemáticas.

Perdón por la digresión.

Nada que perdonar. Hay mucha reflexión epistemológica de interés en lo que has apuntado

Yendo a tu pregunta, el principio llamado ley de Say –formulada por el economista francés Jean Baptiste Say en 1803- es, podríamos decir, la piedra angular de la rama ortodoxa de la teoría económica hasta nuestros días. Su afirmación esencial es que la oferta crea su propia demanda y no pueden existir por tanto ni desempleo involuntario ni crisis económicas. Una formulación didáctica podría ser la siguiente: “Al producir, el hombre se transforma necesariamente en consumidor de sus propios productos, o en comprador y consumidor de los productos de alguna otra persona. [...] Las producciones se compran con producciones o con servicios; el dinero es únicamente el medio por el cual se efectúa el cambio”. Según Ricardo, uno de sus acérrimos defensores en su polémica con Malthus, la producción y venta de mercancías genera unos ingresos que o se gastan para el consumo o se ahorran. Sin embargo, lo que se ahorra también se gasta: se invierte para emplear a más trabajadores. Por consiguiente, es imposible que se produzca una sobreproducción general de mercancías.

El cariz legitimador salta, como ves, a la vista: el capitalismo se autorregula, no puede haber sobreproducción ni atesoramiento. El dinero es un simple lubricante de los intercambios y las esferas monetaria y real de la vida económica están totalmente separadas.

Keynes y Marx son los principales críticos de la ley de Say –en su [obra](#) magna, Keynes comienza su ‘demolición controlada’ de la ortodoxia neoclásica con la crítica de la ley de Say-. Ambos destacaron el papel central del dinero –el dinero importa, como decíamos antes- en la refutación de la pseudoley. El dinero no es neutral, puede haber atesoramiento –la preferencia por la liquidez keynesiana-, dinero ocioso, que rompa el fluido canal entre oferta y demanda o producción y consumo. En una economía capitalista, argumentó Marx, el dinero no es simplemente un medio de circulación o de pago: “El dinero es también una reserva de valor y de plusvalor: puede ser atesorado, permanecer inactivo. Los empresarios capitalistas pueden ser inducidos a atesorar dinero en lugar de utilizarlo para iniciar procesos productivos y para invertir. El comercio (bajo las condiciones capitalistas) no es trueque, y por eso el vendedor de una mercancía no es necesariamente al mismo tiempo el comprador de otra. Es pues esencial la separación de la compra y la venta”.

Pues parece razonable y ajustado a la empiria, salvo error por mi parte, lo señalado por el autor de *El Capital*

Sí, incluso, si me permites la ironía, parece tan obvio como tener que resaltar la blancura de la nieve frente al oscurantismo mistificador de la teoría dominante. Aún hoy, a pesar de la evidencia abrumadora de las crisis periódicas, con su corolario de desempleo y subempleo masivos, la ortodoxia de la música celestial sigue postulando

tal despropósito. Los neoclásicos sostienen que el atesoramiento no tiene sentido precisamente porque siempre se puede ganar un interés invirtiendo –el llamado coste de oportunidad-, o ahorrando para el futuro, de manera que el ahorro siempre fluirá a la inversión –a través de los bancos, que son, para la música celestial, únicamente intermediarios financieros- a no ser que alguien renuncie, en un comportamiento no racional, a maximizar sus utilidades: “¿por qué alguien, que no esté loco, querría usar el dinero como reserva de valor depreciable si puede ganar intereses sobre él?”.

No sé qué opinaría el señor Popper, pero diría que el ‘principio de falsación’ no parece precisamente el punto fuerte de la economía neoclásica.

No, no lo parece, no parecen ser muy popperianos en este punto. Sigamos

Sí, pues para concluir con las posiciones contrapuestas acerca del papel del dinero en los procesos económicos, citaré, si me permites, al malogrado historiador francés Marc Bloch, fundador de la escuela de los Annales, que nos brinda un magnífico y muy didáctico resumen de la ‘no neutralidad’ del dinero y de las múltiples aristas del fenómeno monetario: “se trataría de algo así como un sismógrafo que, no contento con indicar los terremotos, algunas veces los provocase”.

El objeto de nuestra charla, la Teoría Monetaria Moderna, se situaría dentro de la corriente heterodoxa poskeynesiana y podría caracterizarse, como trataré de explicar, dentro de esta taxonomía, por una versión extremista de esta tesis: ‘el dinero es lo único que importa’. Sirva como botón de muestra ilustrativo de este lema la siguiente afirmación de Randall Wray, uno de los líderes de la corriente: “Toda nación dotada de una moneda soberana será capaz de alcanzar el pleno empleo”.

Recojo la frase: “El dinero es lo único que importa”. Te pregunto sobre ello.

Dos dudas: creo entender que incluyes a la TMM dentro de la corriente poskeynesiana. ¿También los partidarios de la TMM se ven así? ¿Nos puedes citar el nombre de algún economista representativo de esa corriente? ¿Steve Keen por ejemplo?

Sí, te diría que la TMM comparte muchos rasgos comunes –también sin duda con alguna divergencia- con la matriz keynesiana. Dentro, eso sí, de su rama izquierda – opuesta al intento de integración del legado de Keynes, limando sus aristas más “subversivas”, dentro de la ortodoxia, perpetrado por Hicks y Samuelson y conocido como síntesis neoclásica- encarnada en la corriente poskeynesiana. Podríamos describir su *leit motiv* como la prioridad de la lucha contra el desempleo crónico, provocado por el déficit de demanda de consumo e inversión –el principio de demanda efectiva- en un capitalismo que no tiende al equilibrio de pleno empleo y el uso de las políticas fiscal y monetaria públicas como remedio: la función reparadora del Estado, cual *Deus ex machina*, para arreglar el engranaje averiado que provoca las recurrentes crisis capitalistas.

Así parece ser. En *La moneda del pueblo*, un libro de Stuart Medina Miltimore publicado por El Viejo Topo y prologado por Manolo Monereo, se señala precisamente eso que acabas de comentar:

[...] el objetivo fundamental que quiere alcanzar la Teoría Monetaria Moderna es el *pleno empleo*. Pleno empleo, derechos laborales y sindicales, servicios públicos y pensiones dignas, es decir, las reivindicaciones fundamentales en más de 150 años de conflictos sociales y de lucha de clases. Inevitablemente, alcanzar ese objetivo choca directa o indirectamente con aquellas posiciones que consideran que el pleno empleo de hombres y mujeres no es ya posible hoy, ni seguramente necesario. La Teoría Monetaria Moderna, sin embargo, cree posible cambiar el mundo, y argumenta cómo hacerlo; más allá del poskeynesianismo, pone de revés las actuales visiones económicas, desde la neoliberal a la keynesiana, defendiendo mediante el endeudamiento del estado una política de pleno-empleo. Una teoría turbadora, pues pone en tela de juicio conceptos universalmente aceptados, pasivamente, impuestos por las clases dirigentes.

Sí, ese párrafo que mencionas, con su tono salvífico de haber encontrado la ‘bala de plata’ que pueda ‘armonizar el capitalismo y la lucha de clases’, es muy característico de los apóstoles de la TMM. También sostienen, en el ámbito estrictamente monetario, en oposición frontal a la visión ortodoxa de la banca como intermediaria financiera entre el ahorro y la inversión, otro pilar de las teorías poskeynesianas: la teoría del dinero endógeno, creado del ‘puro aire’ por la banca privada para financiar la inversión y el crédito de consumo. Incluso el llamado *cartalismo* de Knapp –dinero como unidad de cuenta sin valor intrínseco creado por el estado, el dinero endógeno, por así decir, público-, otra de las fuentes nutricias de la TMM, fue ponderado favorablemente por Keynes al principio de su obra magna. Asimismo, la teoría de las finanzas funcionales de Lerner –liberar el gasto público de las ligaduras absurdas del techo de déficit y deuda, impuestas por la ortodoxia neoclásica- bebe de fuentes keynesianas –su texto de referencia es del año 46-. Y sí, como dices, los promotores de la TMM, más allá de sus polémicas fratricidas en un vaso de agua, reconocen a estos economistas –Keynes, Knapp, Lerner y el poskeynesiano Minsky- como sus padres fundadores.

El caso de Keen que mencionas, un reconocido discípulo del mencionado Minsky y autor de magníficos [textos](#) críticos con el dogma dominante de la ortodoxia neoclásica, es ligeramente distinto. Aunque pertenece a la misma tradición y comparte los postulados básicos del análisis teórico poskeynesiano, tiene diferencias en puntos concretos de carácter técnico –aplicabilidad en una economía abierta, con tipos de cambio flexibles, de los balances sectoriales, uno de los principios básicos de la TMM– por lo que no pertenece al núcleo duro de los principales apóstoles de la TMM. Este estaría formado, entre otros, por Bill Mitchell, Warren Mosler, Randall Wray y Stephanie Kelton, que son digamos los padres fundadores y los más activos publicistas –con un *think tank* irradiador en la Universidad de Missouri-Kansas City– de la corriente.

Además, Keen es sospechoso de herejía ya que tiene demasiada proximidad a los promotores de la corriente del llamado dinero [seguro](#), partidarios de eliminar la creación de dinero-deuda por parte de la banca privada –muy atacados por los partidarios de la TMM por su errónea concepción del dinero fiduciario moderno– que defienden ideas “sacrílegas” como la QE para el pueblo –una especie de renta básica–, apoyada por Keen: es decir, que el banco central inyecte dinero directamente en las cuentas bancarias de los ciudadanos para reactivar la demanda. Esto choca frontalmente con los mandamientos de la TMM, enemiga acérrima de la renta básica y de cualquier idea basada en “regalar” el dinero a la gente.

En fin, disculpa la prolijidad, pero diría que, a pesar de sus diferencias y de su heterogeneidad, hay un denominador común en la convicción por parte de todos estos autores y corrientes en la posibilidad de reforma de las partes averiadas de la acumulación de capital –la esfera financiera de la fábrica de dinero pública y privada en lugar destacado– sin cambiar lo esencial del motor de la acumulación: la explotación del trabajo y la propiedad privada de los medios de producción.

Entiendo que formulas, al mismo tiempo pero sin confundirse, una descripción y una crítica. La segunda duda: decías antes que la teoría económica es una disciplina ideológica y tendenciosa. ¿No es, por tanto, una disciplina científica en tu opinión? ¿Ninguna teoría económica lo sería?

Correcto Salvador. Trato de hacer una descripción lo más fiel posible–cosa importante, ya que los acérrimos partidarios de la TMM son extremadamente susceptibles y proclives a ventilar sumariamente las críticas, tildando al osado oponente de ignorante y manipulador ‘paleomarxista’– sin ocultar –creo que es lo más honesto intelectualmente– mi posición crítica y el enfoque que la enmarca.

Bien, pues para que no resulte un tanto reiterativa la respuesta, ya que antes creo que ya la he contestado *grosso modo*, te haré una pregunta retórica: ¿puede aspirar a ser científica una ciencia social llamada economía en la que no existe el espacio ni el tiempo histórico, ni la incertidumbre respecto al futuro, ni las clases sociales, ni el dinero, ni las crisis ni el beneficio empresarial? ¿Cómo podríamos entonces calificarla? Vendría aquí a colación la famosa afirmación de la economista poskeynesiana Joan Robinson: “La economía es una rama de la teología”.

Haces muy bien en recordar a Joan Robinson.

Gracias, falta que hace recordar a los –por desgracia, muy escasos- economistas honestos. Su compañero en Cambridge, el gran economista ricardiano Piero [Sraffa](#), también compañero y crítico muy agudo de Keynes, describe lo ocurrido en la historia de la economía como un “terrible cambio” a partir de 1870, cuando se produjo la cesura con el enfoque “sensible y coherente” de los economistas clásicos: “Es necesario volver a la economía política de los fisiócratas, de Smith, Ricardo y Marx (...) Este natural y consistente flujo de ideas fue súbitamente interrumpido y sepultado en el fondo del océano; fue invadido, sumergido y arrasado con la fuerza de un maremoto por la economía marginalista. Tiene que ser rescatado”. El cambio de nombre mismo, que se dio desde la economía política clásica a la “economía” de Marshall a partir de 1870 es la “marca de división”. Realmente, como dice el discípulo de Sraffa, Luigi Pasinetti, hay un ‘abismo insondable’ entre los dos paradigmas. De ahí surge ‘alguna otra cosa’ que tiene, como decía Robinson, más que ver con la teología que con la ciencia. Gramsci tiene, coincidiendo con Robinson en el diagnóstico, una reflexión demoledora al respecto:

Hay que preguntarse si la economía pura es una ciencia o si es “alguna otra cosa”, aunque trabaje con un método que, en cuanto método, tiene su rigor científico. La teología muestra que existen actividades de este género. También la teología parte de una serie de hipótesis y luego construye sobre ellas todo un macizo edificio doctrinal sólidamente coherente y rigurosamente deducido. Pero, ¿es con eso la teología una ciencia?

El fulcro del que nació la escolástica marginalista, en palabras del historiador marxista Pierre Vilar, “fue la violenta reacción ante la tradición de economía política que arranca con Smith y Ricardo y que culmina con la demoledora crítica de Marx –cuya obra capital lleva el significativo subtítulo de ‘Crítica de la economía política’- y la consiguiente inserción del capitalismo en la sucesión de modos de producción con su tiempo histórico y su fecha de caducidad”. Ante esta historia “razonada” a través del conflicto entre las clases por el excedente económico –el “materialismo histórico”- la aterrorizada ortodoxia huyó de la realidad hacia el aséptico universo de la teoría pura y el subjetivismo: “la negación de la realidad por parte de una clase”.

El corolario inevitable de la búsqueda de una teología que describiera “un orden perfecto esencialmente sin clases sociales” fue la fulminante eliminación del campo de estudio de la flamante teoría económica –que, nada casualmente, había perdido por el camino el adjetivo de ‘política’ de la época clásica- de la distribución del excedente entre los partícipes del “juego económico”: capitalistas, asalariados y rentistas. En palabras de Rolando Astarita: “La necesidad de ocultamiento -ocultar la explotación del trabajo- y la inclinación a la apología de lo existente, han llevado a construcciones abstractas, que ni siquiera sirven para captar a vuelo de pájaro lo que está sucediendo en el mundo real”. De nuevo Vilar: “la reacción, después de 1871, de las ciencias humanas burguesas contra Marx, instintiva o sistemáticamente, las ha conducido en realidad fuera de la ciencia”.

El marxista francés Michel Husson capta la esencia del asunto: “La economía oficial es aún ciencia inmóvil en el sentido de que no registra ningún progreso acumulativo por invalidación gradual de hipótesis erróneas o de modelos incompletos”. Por ejemplo, la crítica demoledora –encabezada, por cierto, por Sraffa- a la que fue sometida la teoría neoclásica de la producción y de la distribución de la renta en el momento de las

controversias [cambridgianas](#) tendría que haber desembocado en una invalidación irreversible de este esquema teórico. Y sin embargo, las miserias teóricas se escondieron bajo la alfombra. Todos los infortunados estudiantes que hemos tenido la desgracia de sufrir el lavado de cerebro de la teoría de la productividad marginal de los factores productivos—base de la legitimación del sistema a través de la justa retribución de los partícipes: cada uno recibe lo que aporta- podemos dar fe de ello.

No parece ese un proceder muy científico...

En mi opinión, lo dices muy suavemente querido Salvador. Digamos que es el *modus operandi* al uso de los predicadores de la música celestial. Así pues, sólo el marxismo, en mi opinión, como heredero legítimo de la tradición clásica, sepultada en el fondo del océano por la ola marginalista-neoclásica, es ciencia “razonada” en el sentido de dar una fundamentación racional a la crítica del capitalismo y al programa de transformación social que representó la aspiración revolucionaria del movimiento obrero. Siendo por tanto la única escuela de pensamiento económico que toma en consideración central el hecho socioeconómico esencial al sistema de la mercancía: el conflicto distributivo y la explotación del trabajo. Estamos pues ante una teoría económica no mistificadora. Si no me equivoco, Sacristán tiene bellísimos pasajes sobre la científicidad del análisis de ‘El Capital’, en su intento ciclópeo de representar adecuadamente el movimiento real de la sala de máquinas de la acumulación de capital para servir de fundamentación racional de la lucha de las clases populares por la transformación social. Esta es, dicho sea de paso, la gran falencia de la corriente keynesiana y, dentro de ella, de la TMM, en su pretensión de arreglar el mecanismo averiado sin sustituir el corazón del engranaje —más bien ocultándolo—.

No te equivocas en absoluto en lo que apuntabas de Sacristán. Recordemos, si no te importa, un libro que recoge una buena parte de sus escritos: *Escritos sobre El Capital (y textos afines)* (El Viejo Topo, Mataró, 2004). ¿Y por qué teoría monetaria moderna? ¿A qué se refiere aquí moderna?

Pues bien, como te decía, la TMM se encuadra —aunque tiene también otros precursores como el chartalismo- dentro de la corriente llamada poskeynesiana -en oposición a la neokeynesiana de la llamada síntesis neoclásica, mucho más conservadora y ortodoxa, a la que pertenece por ejemplo el archifamoso premio Nobel Paul Krugman, enemigo acérrimo de Keen y muy crítico con la TMM-. Para entender su origen habría que mencionar dos hechos capitales: la crisis del keynesianismo tradicional, causada por el advenimiento del monetarismo neoliberal tras el final de los 'treinta gloriosos' en la crisis de los años 70 y, en el ámbito estrictamente monetario, la desmaterialización total del dinero tras el Nixon Shock -el abandono definitivo de la convertibilidad del dólar y el oro que significaba el acta de defunción del sistema de Bretton Woods, regulador de los tipos de cambio y vigente desde el final de la Segunda Guerra Mundial-. Estos dos hechos, en el marco de la derrota de las recetas neokeynesianas de estímulo de la demanda ante la aparición de la estanflación -altas tasas combinadas de desempleo e inflación- en la profunda crisis de los años setenta, habilitan una necesidad, dentro de lo que podríamos llamar ‘izquierda del capital’ de construir una alternativa renovada al paradigma monetarista, hegemónico en las políticas neoliberales de Reagan y Thatcher a partir de los años 80. Ahí es donde se sitúa en mi opinión la ‘ventana de oportunidad’ de la TMM.

Así pues, el término moderna se debe a que el núcleo descriptivo y el campo de aplicación de la teoría se ciñen a un sistema monetario como el actual, donde el dinero se crea 'del puro aire' por el Estado y la banca privada y carece de valor intrínseco –el llamado dinero *fiat*-, no habiendo en principio ningún límite para su creación e inserción en el circuito económico.

Te vuelvo a interrumpir. Que el dinero se cree del puro aire por parte del Estado, puede entenderse, pero ¿qué es eso de que la banca privada cree así el dinero que, afirmas, carece de valor intrínseco, no habiendo además ningún límite para su creación e inserción en el circuito económico?

Pues así es Salvador, se trata sin duda uno de los secretos mejor guardados. La abrumadora mayoría de la población –lo dicen algunas encuestas- cree en la cantinela de la música celestial de la ortodoxia que afirma que los bancos son intermediarios financieros que canalizan el ahorro de los sufridos ciudadanos hacia la inversión de los sacrosantos emprendedores y que el dinero lo crea el banco central con la impresora de billetes. Hay una frase de Galbraith en su magnífico texto sobre la historia del vil metal, que describe la situación de confusión generalizado sobre tan neurálgica cuestión: «El estudio del tema del dinero, por encima de otros campos económicos, es el tema en el cual la complejidad se utiliza para disfrazar la verdad o para evadirla, en vez de revelarla».

Pues bien, nada más lejos de la realidad, te lo aseguro. El dinero lo crean los bancos en forma de deuda para financiar la actividad económica y representa nada menos que el 97% del que circula –el otro 3% son los billetes y monedas del Banco Central, que es lo que se considera comúnmente como dinero-.

Déjame que remarque el porcentaje, el dato: el 97% del dinero que circula.

Exacto, es una cifra realmente impresionante, más aun teniendo en cuenta que se trata de deuda generadora de intereses. La banca produce por tanto el dinero de la nada, del puro aire y es la planificadora de la actividad económica hacia las burbujas de activos –destacadamente inmobiliarios- y no hacia la economía productiva. Este es el gran secreto de su enorme poder. Planificar la economía dirigiendo la financiación hacia determinados sectores y actividades. Vivimos sobre montañas de deuda. Deuda de las empresas, de las familias y del Estado. Actualmente en España la deuda total -con su colosal carga de intereses a costas- triplica la riqueza generada en la economía. Galbraith dijo también algo muy ilustrativo al respecto: “El proceso de creación de dinero por los bancos es tan simple que repugna a la mente”.

El capitalismo actual es pues un castillo de naipes en el que todo se fía a la subida del precio de los bienes inmobiliarios y de los activos financieros que se empaquetan con ellos a partir de la deuda colosal generada por la banca privada. Esa es la función clave de la fábrica de dinero moderno, sostener artificialmente la –como decíamos antes- languideciente tasa de ganancia del capitalismo senil

Una de las grandes aportaciones de la corriente poskeynesiana a la que se adscribe la TMM fue precisamente la teoría del dinero endógeno que, en contraposición a la música celestial de la ortodoxia, afirma que el *primun mobile* de la generación de actividad

económica es la creación de dinero-deuda del puro aire por parte de la banca privada para satisfacer las necesidades de la acumulación de capital.

No es de extrañar por tanto la creciente virulencia de las crisis financieras en la fase neoliberal, cuyo ‘canario en la mina’ son las enormes montañas de deuda – principalmente crédito hipotecario- generadas por la banca privada y empaquetadas en creativos productos de ingeniería financiera esparcidos por toda la nebulosa del casino global. La expropiación financiera, vía intereses y todo tipo de peajes rentistas, se convierte en un vía de creciente extracción de rentas a las clases populares, añadida a la explotación laboral. Creo que tenemos muy recientes experiencias de las consecuencias de esta extravagante configuración del capitalismo realmente existente que califique –si me permites la impudicia de la autocita- en un [texto](#) reciente como ‘capitalismo desquiciado’.

Tenemos recientes experiencias de todo ello, tienes razón, más que dolorosas. No me extraña que hablaras de capitalismo desquiciado. Recuerdo que abrías con una cita de Michel Husson: “Según Marx, el capitalismo es un sistema injusto (explotación) e inestable (crisis). Pero es también, llegado a un cierto punto, un sistema que aparece como irracional, a causa de la situación a la que le han llevado los mismos éxitos derivados de su propio modo de eficacia”. Prosigue por favor.

Sí, es una cita excelente, que refleja muy bien ese ‘desquiciamiento’ del capitalismo financiarizado del que hablábamos antes. Pues bien, como decíamos, retomando el hilo, a partir de principios de los años 90, el cuerpo doctrinal de la TMM va adquiriendo consistencia a partir de los trabajos de Mosler, Bill Mitchell -quién acuñó el término 'moderna' y publicó el trabajo seminal que sentó sus fundamentos- y, quizás el más conocido, Randall Wray, que en 1998 publicó el texto 'Comprendiendo el dinero moderno' que sirvió de acta fundacional del nuevo credo y facilitó enormemente su difusión internacional.

No resulta sorprendente pues que el impulso definitivo para intentar convertir a la TMM en el sustrato teórico de las políticas socialdemócratas de la izquierda reformista contra el desempleo masivo y la despiadada desigualdad de rentas fuera el estallido de la crisis financiera de 2008 y la subsiguiente aplicación implacable de las políticas de austeridad basadas en el credo neoliberal-monetarista. Actualmente, su influencia –algunos hablan del atractivo ‘rockero’ de una teoría sexy, que ha desbordado los estrechos ámbitos en los que habitualmente se desarrolla la discusión en teoría económica- se ha disparado y la TMM goza de predicamento en los medios masivos “progresistas” y en crecientes ámbitos de la izquierda del establishment. Sin embargo, en el caso español, no sería hasta el año 2015, con ocasión de la presentación de un libro de Randall Wray, uno de los popes de la disciplina, cuando se sentarían las bases para un proyecto propio con la creación de la primera [asociación](#) TMM de España, la Asociación por el Pleno Empleo y la Estabilidad de Precios y la creación posterior de la Red MMT, el *think tank* más activo de la escuela en España. Como ves, vamos siempre un poco a remolque de las nuevas tendencias.

¿Y quiénes componen esta red MMT? ¿Qué tipo de acciones realizan?

En este caso, querido Salvador, me vas a permitir que prefiera no contestar a tu pregunta dado que no me considero en absoluto cualificado para explicar sus actividades. Te

propongo, si me permites el atrevimiento, que una entrevista a alguno de sus promotores –ahí sí que te puedo dar dos nombres: el mencionado Stuart Medina Miltimore y el economista Esteban Cruz Hidalgo- pueda servir para el doble objetivo de dar cumplido detalle de sus planteamientos y actividades y servir, si lo consideran conveniente, de justa réplica a mis críticas. Disculpa de nuevo la osadía.

Tomo nota de tu sugerencia, ¿Algún partido español es partidario de la TMM? El Viejo Topo, como comentábamos antes, publicó un libro sobre la teoría: *La moneda del pueblo*, el que fue prologado como te decía por Manolo Monereo.

Me vas a disculpar aquí también mi ignorancia Salvador, pero sin conocer tampoco muy a fondo los programas de los partidos llamados de izquierdas, lo que sí que te puedo decir es que las mentes pensantes de Izquierda Unida –los hermanos Garzón, Sánchez Mato y por supuesto, como mencionas, Monereo- comulgan con los principales postulados de la TMM –soberanía monetaria y trabajo garantizado a través del papá Estado- y son sus grandes impulsores –sobre todo Eduardo Garzón- en España.

De hecho, han presentado recientemente un Plan de Trabajo Garantizado en la línea de los postulados de la TMM. Les viene como anillo al dedo para adornar su planteamiento político reformista-socialdemócrata.

En el caso de Podemos, su economista jefe, Nacho Álvarez, es mucho más moderado, un socialdemócrata más tradicional. Es habitual verle compartir en redes noticias relacionadas con las propuestas del partido morado, como el impuesto a los bancos, la subida del salario mínimo, la jornada laboral de 34 horas, la reforma fiscal progresiva, la conciliación laboral o restablecer el impuesto del patrimonio. Nada que ver con la ‘revolución monetaria’ que propone la TMM: salir del euro y recuperar la soberanía monetaria para alcanzar el pleno empleo. Le veo más próximo a los keynesianos ortodoxos como Krugman y Stiglitz que a los principios “radicales” de la TMM.

Pero hablo desde la distancia como te digo. El [libro](#) que mencionas, titulado pomposamente ‘La moneda del pueblo’ y escrito por Stuart Medina es un divulgativo resumen, apto para no iniciados, de los principios básicos de la propuesta que profesa el autor con enorme devoción.

Perdona el atrevimiento: ¿tú no eres partidario de la soberanía monetaria, de la salida de la eurozona?

Bueno Salvador, creo que esto de la soberanía monetaria realmente no es más que un slogan que no tiene aplicación real, un brindis al sol vamos. Veamos, si hablamos en serio, cuáles son sus implicaciones.

Veámoslas.

Toda la arquitectura de la matriz de rentabilidad del capital en el último medio siglo se basa en dos pilares: en primer lugar, la planificación económica, ante la crisis del fordismo de los ‘treinta gloriosos’, basada en la creación de dinero-deuda por parte de la banca privada y los descomunales flujos de liquidez que circulan por la ‘banca en la sombra’ y los mercados financieros globales, dirigida hacia la financiación de burbujas de activos ante la necesidad de apoyar la menguante acumulación a través de la

hipertrofia de la deuda y de los mercados financieros globales. E, inseparablemente del anterior, el papel neurálgico de la banca central moderna en el apuntalamiento del sistema bancario y del circuito financiero en general, ejerciendo como prestamista de última instancia y garante del circuito crediticio a través de la inyección masiva de liquidez que le permite su condición de monopolista en la creación del dinero de curso legal –el único dinero de verdad-. El papel estrella de la FED y del BCE como “salvadores” del capitalismo y del sistema financiero quebrado –a través de la taumáturgica QE o ‘expansión cuantitativa’- tras la crisis del 2008 demuestra esta centralidad neurálgica de la banca central moderna. El rasgo esencial para preservar esta función de pilar que apuntala el modelo de negocio de la banca comercial, a través de la expropiación de recursos públicos que supone la deuda pública, es su completa independencia –consagrada en el caso del BCE en el infausto Tratado de Maastricht- de los gobiernos y la prohibición de financiarlos directamente. Esto por no mencionar su papel de ‘cirujano de hierro’ en la aplicación de paquetazos y reformas neoliberales – véanse las [cartas](#) entre Trichet y Zapatero en los peores momentos de la crisis de la ‘prima de riesgo’ para comprobar la absoluta sumisión de los poderes soberanos a la fábrica de dinero-.

Sí, sí, las recordamos muy bien. ¡Qué tono impositivo!

Pues bien, lo que quiero decir con esto es que la propuesta de soberanía monetaria -que conllevaría el hecho, cosa ya de por sí harto improbable, de unificar el banco central y el tesoro público, partiendo el espinazo de la sagrada independencia de la banca central- de los partidarios de la TMM es completamente utópica e ineficaz. Sin cortar el nudo gordiano que representa la matriz de rentabilidad descrita basada en el dinero-deuda creado del ‘puro aire’ por la banca comercial y sin ‘meter mano’ en los flujos de capital de la nebulosa de las finanzas globales, tal soberanía no sería más que un inoperante brindis al sol. El banco central no es más, si me permites de nuevo la expresión, que un mamporrero que facilita y lubrica el funcionamiento del engranaje de los mercados financieros en su papel de generador del dinero ‘fuerte’ de curso legal. Así pues, en mi opinión, una propuesta semejante, en la línea habitual de la izquierda reformista, no es más que otra forma de empezar la casa por el tejado dejando incólume la sala de máquinas del circuito financiero en el que se basa actualmente la parte del león de la acumulación de capital. No me extendo más, espero que se entienda mi posición.

Intentando resumir poco a poco. ¿Nos puedes dar cuenta de las principales tesis de la TMM?

Como mencionaba antes, la vocación de la escuela es convertirse en un programa de política económica para la izquierda reformista –de ahí su reciente éxito en Estados Unidos, con gran predicamento en el ala izquierda del Partido Demócrata, liderada por Bernie Sanders y Ocasio-Cortez, partidarios del keynesianismo verde y del Green New Deal- en oposición frontal al monetarismo neoliberal. Esta aspiración explica sus principales propuestas.

Podríamos dividir las en una parte descriptiva y en otra prescriptiva. En relación a la primera, la TMM ofrece una teoría del origen del dinero y una descripción de su funcionamiento en una economía de moneda *fiat*, administrada por un estado soberano, y de dinero-deuda fiduciario producido por la banca privada ‘del puro aire’ –el llamado dinero ‘endógeno’-.

La escuela *cartalista*, a la que se adscribe la TMM, describe el origen del dinero como ‘una criatura del estado’, en oposición a la tesis tradicional del origen del dinero como una mercancía más –los metales preciosos- para facilitar los intercambios, propia de la ortodoxia neoclásica. Según el fundador de la escuela, George Friedrich Knapp, es absurdo intentar comprender el dinero sin la idea del Estado: “el dinero no es un medio que surge del intercambio. Es más bien un medio de llevar la contabilidad y saldar deudas, de las que las más importantes son las de los impuestos”. El [trabajo](#) del antropólogo David Graeber, fundamentando el origen del dinero como moneda de cuenta e instrumento de pago de deudas a lo largo de la historia, significó una importante contribución a esta tesis.

El segundo rasgo de esta descripción aséptica del sistema monetario representa el corazón de la TMM y conecta directamente con las políticas económicas propuestas. Como proclama Randall Wray, uno de los padres fundadores: “Hemos descubierto la manera en que el dinero funciona en la economía moderna”. Como [dice](#) Bill Mitchell:

Uno se da cuenta inmediatamente de que el gobierno nacional monopoliza la emisión de esa moneda. Significa que al gobierno nacional, en ese sistema, nunca le puede faltar esa moneda, nunca puede quedarse sin dinero. No necesita, que usted ni yo le prestemos dinero. Esa es la primera premisa de la Teoría Monetaria Moderna: los gobiernos no tienen restricciones a la hora de gastar porque necesitan aumentar sus ingresos.

El estado, como emisor monopolista de su moneda no tiene pues, en principio, ninguna restricción de gasto. Al contrario de una empresa privada, nunca puede quebrar. Así pues, el gasto gubernamental no está limitado financieramente –ni siquiera requiere recaudar impuestos o emitir deuda previamente- y ningún gobierno soberano puede tener problemas para cumplir con sus obligaciones. El Estado funge pues como un *Deus ex machina*, con una intervención decisiva en la reparación de las gravísimas insuficiencias del capitalismo financiarizado. Esto supone ciertamente un sacrilegio para la creencia ortodoxa de que los impuestos distorsionan los incentivos individuales, que el endeudamiento creciente de los gobiernos sube los tipos de interés y afecta a la inversión privada y que el gasto público termina por generar hiperinflación.

Quedaba la parte prescriptiva de tu exposición.

La parte prescriptiva de política económica se deduce directamente de tales principios. La TMM ofrece una revolución fiscal para enchufar la manguera del gasto público a la economía real y asegurar -ya que el desempleo es 'una decisión política'- el pleno empleo absorbiendo el desempleo involuntario generado por el déficit de demanda efectiva del sector privado. Wray señala la tecla mágica: “Siempre pueden suministrarse unas finanzas suficientes para la plena utilización de todos los recursos disponibles a fin de apoyar el desarrollo de capital de la economía. Podemos servirnos del golpe de tecla para llegar al pleno empleo”. Tal planteamiento desemboca en la propuesta política estrella del movimiento: el trabajo garantizado. Como explica Mitchell: “el pleno empleo y la estabilidad de precios están en el corazón de la TMM. Un programa de trabajo garantizado es central para la TMM, es una herramienta clave para tener bajo control la inflación y el desempleo”. Por tanto, dado el nivel correcto de gasto público e impuestos, combinado con un programa de trabajo garantizado, los partidarios de la TMM afirman categóricamente que se puede alcanzar el pleno empleo con estabilidad de precios. Tal planteamiento representa obviamente una herejía para la ortodoxia neoliberal que afirma que el gasto público creador de empleo es peligrosamente inflacionario y la deuda una rémora para las futuras generaciones que lastra el crecimiento y la actividad productiva. Pero precisamente por eso suena tan atractivo, ¿no?

Sí, sí, pero surgen varias dudas. La primera: la existencia de criptomonedas, sin regulación del Estado en principio, ¿no refuta o “toca” la concepción del dinero de la TMM?

En esta ámbito te diría Salvador –sin ser ni mucho menos experto en la materia- que comparto bastante la posición de la TMM, muy crítica con este utopismo monetario de ribetes sumamente reaccionarios, con ecos del anarcocapitalismo de los nostálgicos del patrón oro deseosos de cerrar el banco central y acabar con el dinero público. Cosas de excéntricos fetichistas del dinero como los austriacos, cuyo representante más mediático en España es el infausto Juan Ramón Rallo. Incluso el [Fair Coin](#), la criptomoneda promovida por Enric Duran –el famoso Robin Bank que estafó casi medio millón de euros a la banca- despide un fuerte aroma al utopismo de varita mágica de raíz proudhoniana que tanto indignaba –en mi opinión con razón- a Marx.

Quizás sería útil pues clarificar conceptos, que ayuden a encuadrar la relevancia de las criptomonedas –y su supuesto potencial transformador-, resumiendo las funciones del dinero moderno para contrastarlas con las que cumplen estas supuestas revoluciones monetarias.

Adelante con ello.

Podríamos dividir a título explicativo las funciones del dinero en dos campos: circulación y producción. Como medio de circulación el dinero funge como medio de cambio, de pago, unidad de cuenta y depósito o reserva de valor –el atesoramiento, la gran obsesión keynesiana-. En la esfera de la producción –el dinero-capital, descrito por Marx, pero ignorado por la ortodoxia y por los keynesianos- el dinero se convierte en capital cuando es avanzado con el objetivo de obtener un beneficio a través de la

explotación del trabajo. La fuente del beneficio es la plusvalía que se origina en el empleo de trabajadores asalariados que crean más valor nuevo en el proceso de producción del que obtienen cuando son pagados en forma de salarios. La función del dinero como medida del plusvalor es uno de los aspectos cruciales de una economía capitalista y la clave de la conexión entre la fábrica de dinero-deuda de la banca privada –el dinero endógeno de los poskeynesianos- y el proceso de acumulación de capital.

La cuestión clave sería pues: ¿cuáles de estas funciones cumplen las criptomonedas? Pues he de decirte que prácticamente ninguna. Me baso a continuación en un [texto](#) de Eduardo Garzón, quizás el estandarte más popular de la TMM en España, en mi opinión excelente, que enumera las principales críticas a esta supuesta liberación del yugo bancario-estatal que encarnan utópicamente las criptomonedas.

Parte de su innegable atractivo es que las criptomonedas y su columna vertebral subyacente, la cadena de bloques, le permiten al hombre promedio realizar transacciones con su vecino, de forma anónima y segura, sin intermediarios. Es la moneda perfecta para el libertarismo económico: el sector público no interviene ni en su creación ni en su regulación, de forma que cualquier persona puede llevar a cabo sus transacciones sin la necesidad de rendir cuentas a Hacienda o a la Justicia.

¿Y qué capacidad tienen los emisores del bitcoin –se pregunta Garzón, centrándose en la criptomoneda estrella- de lograr que su moneda sea ampliamente utilizada en la circulación, como medio de cambio, y en los pagos? Muy poca, teniendo en cuenta que no hay ni siquiera un único emisor, sino que cualquier usuario puede (tras un proceso complicado y prolongado) crear nuevos bitcoins.

A ello hay que sumarle otra limitación nada despreciable: sólo se pueden crear 21 millones de bitcoins. Esto es sencillamente el resultado de un diseño carente de sentido económico, ya que una economía necesita tanto dinero como actividades se produzcan en su interior, de tal manera que el límite es un propulsor de la especulación y del descomunal coste de generación de nuevas unidades.

Sí, sí, la cifra límite parece absurda, totalmente arbitraria desde un punto de vista económico... o incluso desde cualquier punto de vista.

Por si fuera poco con las debilidades y amenazas de carácter estructural, se ha unido recientemente otra de carácter coyuntural: la generación de una burbuja especulativa. Hoy día buena parte de la gente compra bitcoins para venderlos a un precio más caro, haciendo una ganancia rápida por el camino. La espiral inflacionista es notoria y ya sabemos perfectamente que pasa con las burbujas: que en algún momento estallan y todo el artificio se va al garete.

Es decir, la supuesta panacea monetaria no sirve tampoco, debido a su extraordinaria volatilidad, como unidad de cuenta ni como reserva de valor, dos de las funciones básicas del dinero *fiat* respaldado por el banco central.

¿Hay más críticas?

Las hay. Esto no es todo: la producción de bitcoins consume una cantidad desorbitada de energía. Los métodos de creación y funcionamiento de las criptomonedas son

puramente electrónicos y necesitan la utilización de innumerables ordenadores en todo el mundo, lo que supone un elevadísimo consumo de energía. Un despilfarro energético en toda regla teniendo en cuenta que los métodos convencionales de creación de dinero apenas requieren consumo de energía.

Así pues, si la esencia de la matriz de rentabilidad del capitalismo financiero es la creación de dinero-deuda por parte de la banca privada como motor de la actividad económica –el dinero-capital- con el respaldo, en última instancia, de la emisión de dinero *fiat* de curso legal por parte de la banca central, al bitcoin y a la miríada de criptomonedas no les puede esperar un gran futuro más allá de circuitos minoritarios e inversiones especulativas.

Harina de otro costal es el formidable impacto que las tecnologías digitales están teniendo sobre el negocio bancario y la aparición de las llamadas *fintechs* –ágiles startups de pagos y préstamos digitales- que operan en ámbitos subsidiarios del dinero bancario -y no pretendidamente independientes, como las criptomonedas-. Y, sobre todo, está por ver el impacto de la irrupción de los gigantes de la tecnología, con su vasta base de clientes, su experiencia en la recopilación de datos y sus recursos financieros prácticamente ilimitados. Amazon ha lanzado una cuenta corriente, Google y Apple tienen sistemas de pago que convierten tu teléfono en una cuenta bancaria, y Facebook ha provocado fuertes taquicardias en los dueños de la fábrica de dinero con el lanzamiento de una nueva moneda, la Libra. Pero esa es como digo otra historia que está sólo en sus albores.

Acaso podamos hablar de esa historia en un futuro cercano. Cojo el hilo central de nuevo. Cuando se habla de trabajo garantizado, ¿de qué se está hablando exactamente?

Como te decía, se trata de la propuesta estrella de política económica de la TMM. Si te parece, doy la palabra a sus portavoces en la mencionada Red MMT, que explican su defensa del pleno empleo garantizado por un Estado benefactor:

La prioridad es repensar la política económica colocando el pleno empleo digno en el centro de la agenda política, en coherencia con el mandato expresado en nuestras constituciones. El desempleo solo puede ser eliminado mediante una política fiscal adecuadamente expansiva que combine un aumento suficiente del gasto público y una disminución de los niveles de tributación sobre las clases populares y el tejido productivo. Dentro de este marco prevemos un Plan de Empleo de Transición; un programa permanente de empleo público que asegurará a todos el acceso a un empleo con un salario superior al del umbral de la pobreza y con condiciones dignas.

¿Sin duda suena bien, no te parece?

Me parece, suena muy bien de entrada.

El Estado –convertido en una suerte de “empleador de última instancia”-, sin subir los impuestos a los ricos ni aumentar la deuda pública, se encarga de remunerar el trabajo directamente mediante un pago –tomando como referencia el salario mínimo- a la cuenta bancaria del participante del programa de TG, de forma que se eviten intermediarios privados y tentaciones perversas en la gestión del dinero.

Por lo tanto, los déficits presupuestarios del estado (y el aumento de la deuda del sector público) no son –hasta cierto nivel- un problema. Ni que decir tiene que esto tiene un irresistible atractivo para la izquierda reformista como refutación de los dogmas neoliberales que fundamentan las políticas de austeridad. He aquí una justificación teórica del gasto público deficitario para lograr el pleno empleo sin tener que afectar gravemente al sector capitalista de la economía. Incluso se llega a amenazarles con llamarles al orden obligándoles a subir los salarios para no perder a sus empleados. Fíjate lo que dice la propuesta de trabajo garantizado de IU al respecto: “Los empleadores del sector privado se ven obligados a ofrecer salarios iguales o superiores a los ofrecidos en el TG –de lo contrario, sus empleados se irían al TG, que siempre está disponible–, logrando así acabar de facto con todos los puestos de trabajo en los que no se garantizan condiciones laborales dignas”. El tipo de empleos financiados directamente por el Estado serían pues aquellos no generados por el sector privado, como por ejemplo los que aparecen en esta lista elaborada por Bill Mitchell: “muchas actividades socialmente útiles, incluyendo los proyectos de renovación urbana y otros programas ambientales y de construcción, la asistencia personal a los pensionistas, y otros programas comunitarios. Por ejemplo, los creadores podrían contribuir a la educación pública como artistas itinerantes (sic)”.

Resulta difícil exagerar el idealismo –en el sentido estricto del término que recorre la tradición filosófica, como opuesto al materialismo- contenido en tales propuestas que ignoran las relaciones de poder y de producción imperantes bajo la égida del capital. Idealismo que ignora, sólo como botón de muestra, el papel del ejército de reserva marxiano en la evolución de la acumulación de capital y en la depresión del precio de la fuerza de trabajo. Me sumo en este punto a la [crítica](#) del economista marxista Michael Roberts, que creo pone el dedo en la llaga: “De esta manera, la TMM actúa como un respaldo del capitalismo: el Estado es el empleador de último recurso, pero no el principal empleador. Busca compensar (apañar) los fracasos de la producción capitalista, no reemplazarla”. Tal concepción está en las antípodas del planteamiento marxiano: en la teoría de Marx la desocupación es generada de manera endógena por el sistema capitalista. Es decir, el desempleo es sistémico y no se puede eliminar a discreción por un Estado benefactor.

En conclusión, de estar en lo cierto el enfoque de la TMM, se podría solucionar la desocupación en el capitalismo sin alterar de manera significativa las estructuras sociales a través de un Estado convertido en el mágico *Deus ex machina* que arregla el estropicio provocado por el capitalismo desquiciado. Para eso, bastaría con superar la “déficit-fobia”, creada artificialmente por el monetarismo neoliberal y la ortodoxia neoclásica, y enchufar la manguera del gasto a la creación de empleo. Como ves, *peccata minuta*.

Has hablado de las críticas de la ortodoxia neoliberal, pero también hay críticas desde ámbitos muy alejados. Desde el marxista por ejemplo. Así, Rolando Astarita, “La TMM y los argumentos monetaristas” <https://rolandoastarita.blog/2019/09/19/la-tmm-y-los-argumentos-monetaristas/> Te copio sus palabras finales: “Es necesario entonces delimitar, en particular, a la teoría marxista de las propuestas de la TMM. En especial porque la derecha está empeñada en que todo lo “heterodoxo” aparezca más o menos igual. Enfatizo entonces: Marx o Engels jamás sostuvieron que el valor pudiera generarse imprimiendo billetes. No hay forma de adjudicarles semejante tontería”.

Así es Salvador. Igual que en el caso de Roberts, no puedo por menos de suscribir la mayor parte de las críticas de Astarita que, dicho sea de paso, tiene uno de los mejores [textos](#) sobre la teoría keynesiana y poskeynesiana y es un extraordinario conocedor de las mismas. No sólo Astarita –que les califica con razón de curanderos sociales y hechiceros monetarios-, también otros economistas marxistas como el mencionado Michael Roberts, Anwar Shaikh o Michel Husson han sido críticos con las propuestas reformistas e idealistas de la TMM. No es de extrañar esta reacción crítica ante las extravagantes afirmaciones vertidas por los apóstoles de la escuela.

¿Por qué no es de extrañar?

En mi opinión, por tres motivos fundamentales: su falta de comprensión –como toda la escuela keynesiana- de la dinámica de fondo y de la evolución histórica de la acumulación de capital; su idealismo, sustanciado en su concepción del papel del Estado y su confianza en las reglas del juego de la democracia formal y, *last but not least*, su distorsión del papel del desempleo –el ejército industrial de reserva marxiano, como mencionábamos antes- en las relaciones de producción capitalistas y de la relación, sustancialmente simbiótica, entre los sectores público y privado en la dinámica de la acumulación.

Para no extenderme y evitar reiteraciones doy dos botones de muestra de lo anterior. Por ejemplo, esta propuesta de un nuevo socialismo (sic), no basado en la propiedad de los medios de producción sino en el control de la autoridad fiscal, que [proponen](#) Esteban Cruz y Parejo Moruno, enmendando sin ningún pudor la plana a la teoría de la explotación marxiana: “la tesis sobre la explotación aquí presentada se puede describir, no como una consecuencia de la propiedad privada de los medios de producción, sino del control del dinero en una economía monetaria de producción que los capitalistas se arrojan gracias a la elaboración de unas reglas arbitrarias para restringir la acción del Estado”. Es decir, arrebatando el control de la fábrica de dinero a los capitalistas bancarios y asumiendo las riendas del Estado benefactor tenemos ya el ‘nuevo socialismo’. Miel sobre hojuelas.

Y respecto al idealismo implícito en la concepción del Estado como instrumento para la reforma del sistema contra la ‘voluntad de las clases poderosas’, valgan las siguientes exhortaciones, extraídas del mismo texto, a liberar al Estado de su ‘captura’ por parte de los capitalistas: “La Teoría Monetaria Moderna provee de unos sólidos argumentos para hacer efectiva la “reforma crucial” que defendían Kalecki y Kowalik: la imposición contra la voluntad de las clases poderosas de la estabilización del sistema, abriendo nuevas perspectivas para el futuro desarrollo de las fuerzas productivas (...) Sin embargo, el uso efectivo de los mecanismos de los que dispone el Estado para la administración de la economía se encuentra bajo la captura de los capitalistas. Los aspectos políticos del pleno empleo, el poder de los intereses creados, son más importantes para los capitalistas que los rentables efectos producidos por la buena marcha de la economía”.

Así pues, se podría incluso ser conciliador e intentar convencer a las ‘clases poderosas’ de la bondad de sus propuestas para que desistan en su absurda actitud de resistencia frente a ellas. Su *leit motiv* de fondo consiste pues en decir: la austeridad neoliberal genera recesión, desigualdad y deuda crecientes y es irracional; por lo tanto es una política absurda que nos perjudica a todos. ¡Y tenemos las teclas mágicas para

revertirla! La ‘reforma crucial’ que propone la TMM consiste pues en arrebatarse al Estado de las manos de los capitalistas que lo tienen capturado para ponerlo al servicio de la ‘estabilización del sistema’ a través del buen uso del monopolio de emisión monetaria. Recuerdan en esto, desmereciéndolos incluso, a los viejos socialistas utópicos premarxistas. Y no dan respuestas convincentes a ninguna de las cuestiones claves sobre las relaciones de poder realmente existentes bajo la égida de la acumulación de capital.

Como, por ejemplo...

¿Cómo modificar sustancialmente el papel de la banca privada y los fondos privados de inversión, fulcro neurálgico de la actual matriz de rentabilidad del capitalismo neoliberal, basada en la hipertrofia del préstamo personal-hipotecario y en la multiplicación del capital ficticio en el casino global para sostener la maltrecha tasa de ganancia? ¿Cómo podrían coordinarse armoniosamente los dos focos generadores de actividad económica: el Estado soberano, cuyo Tesoro estaría integrado con un banco central financiador del pleno empleo a través del trabajo garantizado, y la banca comercial, financiadora de la inversión privada y de las descomunales burbujas de activos, cuyos intereses –interés público redistributivo y voraz beneficio privado en la esfera especulativa- son objetivamente contrapuestos? Sobre estas “nimias” cuestiones, la TMM, más allá de loables declaraciones de buenas intenciones de combatir la especulación y las malas prácticas de los depravados tiburones financieros, guarda silencio.

El eximio economista marxista Anwar [Shaikh](#), que desarrolla una profunda teoría del dinero y la inflación en su texto ‘Capitalismo: competición, conflicto y crisis’, expone las razones que impiden que “un sabio y benevolente Estado pueda imprimir dinero para alcanzar el pleno empleo con inflación moderada”, el postulado central de la TMM: “En primer lugar, la TMM ignora los efectos de la tasa de beneficio en el crecimiento, el empleo y la inflación. En segundo lugar, omite completamente el conflicto de clase entre capital y trabajo. En tercer lugar, ignora la teoría marxista del ejército de reserva de trabajo, que, en el largo plazo, tiende a deprimir los salarios. Y, por último, omite que el estado, como empleador de último recurso, sería una amenaza para los negocios si pudiera contrarrestar la disciplina salarial”.

Y, por último, me gustaría referirme a los argumentos del economista marxista Xabier Arrizabalo que, en un reciente [debate](#) sobre la TMM entre Eduardo Garzón y Mario del Rosal, organizado por la asociación Economía Alternativa, lanzó una serie de críticas al idealismo de las propuestas de la TMM que creo resumen todo lo anterior:

No podemos hacer lo que queramos, cambiando las reglas del juego del capitalismo a discreción porque son expresión de relaciones sociales profundas. La TMM es la negación de la economía política que explica el conflicto distributivo entre clases antagónicas. La teoría social no es un *pudding* (sic), sino que tiene un núcleo que, en el caso de la economía, es cómo se produce y se distribuye el valor creado en una sociedad de clases. Resulta absurda la idea del manejo “libre” del Estado, negando que es expresión de las relaciones de producción. La TMM obvia la lucha de clases y lo reduce todo al marco institucional, proponiendo que se trata únicamente de cambiar la gestión.

Tales ilusiones recuerdan vívidamente a la ‘hipótesis populista’ del primer Podemos, popularizada por el ínclito Errejón, gran experto ‘laclauiano’, y basada en el planteamiento idealista de la autonomía de las estructuras sociopolíticas –el Estado, en lugar destacado-, cuya naturaleza profunda no se define y devienen sólo un producto “relacional”, resultado de la articulación de diferentes elementos. Tal política no tiene otro objetivo que hacerse con la maquinaria del Estado para dar un giro a las políticas del neoliberalismo y usarlo contra la minoría dirigente –la casta o las élites que lo han capturado- para ponerlo al servicio del pueblo.

Tan atinadas críticas desvelan el “idealismo” de la TMM, sustanciado en su incapacidad para incorporar el conflicto social en sus probetas financieras de laboratorio y, en mi opinión, justifican la necesidad, enfatizada por Astarita, de delimitar claramente las abismales diferencias con el marxismo que se reflejan en las críticas mencionadas. Lo cual obliga a dar respuesta negativa a las preguntas neurálgicas acerca de la viabilidad y el rigor de tales propuestas: ¿Reflejan de forma realista el engranaje profundo de la acumulación de capital y su historia reciente; dicho en otras palabras, permiten comprender la marcha del capitalismo y su lógica de fondo, profundamente depredadora y degenerativa? Y, en fin, ¿resulta útil, para avanzar en la imperiosa necesidad de una transformación social radical del ominoso sistema económico vigente, el diseño de ficticias propuestas reformistas de ingeniería financiera implementadas por un Estado benefactor que promuevan el ilusorio avance hacia un idealizado e irrecuperable capitalismo bonancible y redistributivo con paz social y pleno empleo?

No creo equivocarme mucho si conjeturo respuestas negativas a ambas preguntas.

Abusando más de ti y pensando en nuestros lectores. En 15 líneas, no te otorgo más, ¿cuáles serían tus principales críticas, incluyendo virtudes si fuera el caso, a la teoría monetaria moderna?

De acuerdo Salvador. Un matiz solamente para evitar reiteraciones...

Que a veces ayudan a asentar conceptos y argumentos.

Como creo que las principales críticas ya las he expuesto en las respuestas anteriores, voy a ceñirme, para terminar, a las virtudes y añadiré, si me permites, una última reflexión crítica final de tipo más general.

De acuerdo. Sigamos tu esquema.

Así pues te haría, disculpándome de nuevo por la prolijidad –causada por la intención, no sé si lograda, de combinar el carácter didáctico con la argumentación crítica- una enumeración telegráfica de las virtudes de la TMM.

-Una correcta descripción del funcionamiento de la fábrica de dinero-deuda –sin coincidir con la teoría estatal cartalista del origen del dinero, en mi opinión, sumamente unilateral- en una economía monetaria con completa desmaterialización del dinero desde el Nixon Shock de 1971. Esta teoría del dinero endógeno –parte esencial del enfoque poskeynesiano- explica el papel neurálgico de la banca privada en la creación de burbujas de activos a través de la generación de crédito del puro aire frente a la falaz

teoría tradicional de la ortodoxia neoclásica que describe a los bancos como intermediarios financieros.

-Y, relacionado con lo anterior, una crítica demoledora de la austeridad neoliberal y del monetarismo friedmaniano, desvelando sus fundamentos pseudocientíficos y su connivencia con la música celestial de la ortodoxia económica.

Poner en el candelero estos temas creo que ya es motivo suficiente para -lo cortés no quita lo valiente- reconocer una relevante aportación positiva.

Muy justo por tu parte.¿Quieres añadir algo más querido Alfredo?

Además de agradecerte nuevamente la oportunidad de explicar estas cuestiones y felicitarte por la agudeza de las preguntas, simplemente trataría de resumir, abusando una vez más de tu paciencia, lo anterior en una reflexión crítica final.

No abusas.

El problema principal de propuestas como la TMM –y también de otras reformas paliativas como la renta básica o el impuesto sobre la riqueza de Piketty- es que no registran que la degradación de esta sociedad capitalista es estructural, global, de todos sus ámbitos, y también, en lugar destacado, el estatal. Y, por tanto, que la fábrica de dinero es la encarnación del poder social al servicio del interés privado y no una herramienta técnica que, en manos de un estado democrático y soberano, se puede poner al servicio de las clases populares.

Resulta pues pueril políticamente y totalmente erróneo pedagógicamente ofrecer soluciones ‘dentro del sistema’ para problemas estructurales del capitalismo como el desempleo o la pobreza. Lo cierto es que, a pesar de su apariencia de respetabilidad y pragmatismo, quizás sean más utópicas y desnortadas sus prescripciones que la defensa de la ‘socialización de la banca y de los medios de producción’ propugnada por los radicales antisistema. Es por este motivo por lo que es necesario distanciarse de tales vanas ilusiones y desvelar el falso espejismo de los reguladores, creyentes en un capitalismo con rostro humano. Porque estas ilusiones, basadas en hacer retornar el ‘genio malo’ a la botella, no son solamente estériles, son también, desgraciadamente, mala pedagogía popular. Y representan por tanto obstáculos para el surgimiento de movimientos y luchas verdaderamente antagonistas que construyan alternativas radicales frente a las crecientemente desconyuntadas relaciones sociales en el capitalismo desquiciado. Se trata, en fin, de los viejos ‘cuentos de la lechera’ reformistas de los que hablaba Sacristán. Porque, cuando la cosa va realmente en serio, como decía Joan Robinson, nada sospechosa, por lo demás, de radicalismo extremista, se acaba cortando por lo sano y no parece que este sea el caso: “Cualquier gobierno que tenga tanto el poder como la voluntad de solucionar los principales defectos del sistema capitalista tendría la voluntad y el poder de abolirlo por completo”.

*